

La Memoria Histórica es un acto de justicia y reparación que llega no sin dificultad a nuestros días, con el tiempo a contrarreloj, pues muchos de nuestros mayores fallecen sin haber podido reencontrarse con sus familiares desaparecidos a los que nunca pudieron llorar más que en la ausencia, y en el silencio de los vencidos. Vencidos y aplastados.

La labor de la sociedad civil, organizada en campañas voluntarias ha ayudado a equipos profesionales en las labores de organización y búsqueda de fosas comunes. Una de estas historias de recuperación- de lo que otros borrarán para que se olvidase- fue la que dio a conocer la labor de educación que los modernos programas de enseñanza de la época llevaron a los más recónditos rincones del territorio. Allí donde las condiciones de vida no permitían un desarrollo vital más allá de lo que la tierra tacaña daba, hasta ahí llegaba el tesón de maestros formados para enfrentarse a la tarea de despertar la imaginación y hacer soñar a las niñas y niños con un futuro mejor, dándoles las herramientas para procurarlo.

La búsqueda de desaparecidos en cunetas permitió reconstruir una historia de un maestro que fue a un pueblo perdido de Burgos con un método pedagógico que incorporaba utilizar una imprenta manual para publicar los trabajos escolares. Una de esas redacciones fue sobre el mar. Ellos no sabían lo que era, y su maestro Antoni Benaiges -venido de Cataluña- les prometió un viaje para conocerlo.

Por desgracia nunca pudo cumplir su promesa porque empezó la Guerra Civil, y el maestro desapareció sin dejar rastro en verano del 36. Hasta 2010 que empezó la recuperación de una fosa en La Pedraja (Burgos) no se pudo relacionar la memoria desaparecida del maestro con una carta que publicó un amigo suyo en Vilanova i la Geltrú enterado de su muerte unos meses después:

*Asesinado. Así reza la carta escrita en Arcentalles [sic] por Demetrio Sáez. No fue un choque, ni un mazazo, ni siquiera una sacudida, ni aun un estremecimiento, porque fue ¡ay! una confirmación, una seguridad, una certeza sin el más pequeño resquicio ya a la esperanza de que la suposición, de que la convicción intuitiva pudiera ser falsa. [...] Y buscaremos en los montes de Oca el lugar donde han metido tu cuerpo acribillado, le arrancaremos un pedazo y meteremos en él una caja con una prensa metálica Freinet, una póliza maternal futura y un ejemplar de «El mar». Si no encontramos el sitio preciso lo haremos en la cima, en la cumbre más alta de los montes, plantando como una bandera, la piedra eterna que diga: «Esta tierra ya no es tierra, porque es carne y sangre de Maestro.» Que cuando pase el tiempo, los años y los siglos, puedan los hombres que nos sigan encontrarse allí una vida, todavía viva y viviendo, un ejemplo que les diga que aún allí está en pie, enhiesto, erguido con la frente despejada, dando plenamente la cara al aire, un hombre, un Maestro, Maestro que fue el primero en llevar a aquellas tierras abrasadas por el sol y quemadas de frío y esclavizadas de ignorancia, la primera luz de la libertad, sabiendo vivirla. Salud, pues, BENAIGES. Y escribame Vd. este nombre con letras grandes y recias, compañero cajista. Nada más.*